



El Ejército y Cienfuegos, malestar no, lealtad **(Juan Bustillos, pág. 1-3)**

Era inevitable, pero necesario que el general Crescencio Sandoval, intentara dar fin a las versiones cada día más extendidas de que por presiones del Ejército el presidente López Obrador negoció que la Fiscalía norteamericana retirase las acusaciones en contra de Salvador Cienfuegos, quien fue aprehendido en Estados Unidos por cargos de narcotráfico y, de manera insólita, liberado después de toda culpa por negociaciones de Marcelo Ebrard y del Fiscal General de la República, Alejandro Gertz Manero.

De ninguna manera el secretario de la Defensa Nacional podía cometer la imprudencia de mencionar a su antecesor por su nombre ni referirse a sus problemas, inexistentes ya en Estados Unidos y que probablemente llegue a enfrentar en México. Tampoco podía negar abiertamente que la Fuerza Armada que encabeza, la más importante del país, sometiera a su Comandante Supremo a presiones para salvar al ex portador de las cuatro estrellas que hoy ostenta el general Sandoval, o para desmentir que la cadena de mando de la SEDENA pudiese estar involucrada en los delitos que se fincaron a Cienfuegos en Nueva York.

Sin embargo, es necesario leer entre líneas al general Sandoval porque fue muy puntual en su intento de desvincular del general Cienfuegos a la actual jerarquía castrense que encabeza.

Un párrafo de su discurso en la conmemoración del 110 aniversario del inicio de la Revolución Mexicana lo dice todo: “La asignación de cargos tiene sustento en una trayectoria forjada en la preparación profesional constante, el esfuerzo, la buena conducta y un desempeño sobresaliente... De esta forma se asegura que las designaciones estén al margen de amistades prebendas o favoritismos”.

Al participar como orador único en la ceremonia, el secretario de la Defensa Nacional no defendió ni condenó a su antecesor porque habría sido políticamente incorrecto hacerlo, pero dejó en claro que “El camino que se recorre en la carrera militar es recto y no admite desviaciones de ningún tipo...”.

Pero que conste, no fueron los enemigos de la Cuarta Transformación que, como se dice casi a diario en las conferencias mañaneras en Palacio Nacional, conspiran para su destrucción, tampoco los periodistas corruptos, ni los “libelos inmundos” asalariados del neoliberalismo, quienes insinúan que el gobierno del presidente López Obrador teme una conjura golpista del Ejército mexicano, sino uno de los alfiles más entusiastas y leales del sexenio quien se supone está listo para encabezar el segundo capítulo de la etapa transformadora del país si Marcelo Ebrard y Claudia Sheinbaum se descuidan.



El coordinador de los senadores de Morena, Ricardo Monreal, reveló la posible causas por las que el secretario de la Defensa Nacional en el sexenio del presidente Enrique Peña Nieto, general Salvador Cienfuegos, se habría beneficiado del retiro de cargos por parte de la Fiscalía norteamericana: “Sí, puede ser que esta detención de quien fuera el jefe de las Fuerzas Armadas recientemente pudo haber causado malestar, más que en la tropa, en la élite, es decir, en los capitanes, generales, tenientes, coroneles”.

Desde luego, Monreal no usa el término “golpismo”, pero el “malestar” castrense al que se refiere, para muchos fue el motor que movió al presidente López Obrador y a su secretario de Relaciones Exteriores para obtener de Donald Trump el histórico regalo de despedida que constituye el más vergonzoso episodio que la DEA haya sufrido en su larga historia de persecución contra los barones mundiales de la droga, aún más que la exoneración de Humberto Álvarez Machain después de ser acusado de mantener vivo al agente encubierto Enrique Camarena mientras Rafael Caro Quintero lo torturaba.

EL ANZUELO DE LA CONFIANZA EN MÉXICO

¿De qué tamaño será el “malestar” de la “élite”?

A partir de que en la columna “Malosos” de IMPACTO inició la revelación de fragmentos del severo discurso pronunciado ante el general Sandoval el 22 de octubre de 2019 por el ex subsecretario de la Defensa Nacional, Carlos Demetrio Gaytán Ochoa, y de que inopinadamente siete días después el periódico La Jornada lo publicara completo, al presidente López Obrador le dio por hablar de “golpismo”.

Incluso interrumpió su descanso del puente del Día de Muertos en su finca de Palenque para negar que en México lo hubiese, pero por un tiempo lo siguió mencionando.

Todo esto ocurrió en el contexto de la aprehensión y liberación de Ovidio Guzmán en el llamado “operativo” fallido en Culiacán.

Unos días más tarde, en ocasión del aniversario de la Revolución mexicana, el 21 de noviembre del año pasado, López Obrador reiteró en la conferencia mañanera que nuestro Ejército es del pueblo, no es una oligarquía, los integrantes del Ejército Mexicano son pueblo uniformado y, según él, este nunca se ataca a sí mismo.

Después de lo dicho por Monreal aún hay quien pretende que nos traguemos que el retiro de cargos en Nueva York contra el general Cienfuegos es demostración de la confianza de que las autoridades norteamericanas tienen en la justicia mexicana.



Si existiera, no se explica por qué la DEA hizo lo que hizo con el ex secretario de la Defensa Nacional sin tener la amabilidad de informar al gobierno del presidente López Obrador que lo investigaba; no le habló de las pruebas de su supuesta colusión con el cartel H2 y su intención de aprehenderlo, como ocurrió en cuanto el “Padrino” tuvo la osadía de pisar el territorio de un país que, según sus pesquisas, habría ayudado a invadir con toneladas de drogas.

El 16 de enero, el procurador general de Donald Trump, William Barr, estuvo en México a visitar a lo más granadito de la justicia mexicana en tiempos del coronavirus y de la Cuarta Transformación. Se encontró nada menos y nada más que con el fiscal general de la República, Alejandro Gertz Manero, y el todavía secretario de Seguridad, Alfonso Durazo, pero también con los secretarios de la Defensa Nacional, general Cresencio Sandoval, el de Marina, Rafael Ojeda, y el de Relaciones, Marcelo Ebrard.

EL EJÉRCITO Y LOS PROYECTOS

El coordinador de los senadores de Morena habla del malestar de la “élite” castrense y desecha su existencia en la tropa, sin embargo, podría existir por otros motivos, pues los beneficios de que el Ejército esté convertido en el gran constructor del sexenio, amén de otras muchas tareas que le ha encomendado López Obrador, se quedan precisamente en los altos mandos mientras que abajo nada llega, excepto el trabajo.

Pero este es otro tema que tendría que ver precisamente con la estrategia de cooptación militar para conseguir que la Cuarta Transformación sea más que una anécdota sexenal, como lo terminó siendo el Pacto por México, aunque el general Sandoval lo explicó en otros términos en la ceremonia revolucionaria: “Trabajamos en proyectos prioritarios encaminados al desarrollo de nuestro País sin que ello signifique perder nuestra naturaleza o razón de ser”.

Y es que el Ejército y la Fuerza Aérea son algo más que los Frenaaas que pudiesen existir, los “México Sí” y los partidos políticos hoy en franca liquidación, como el PRI, el PAN y el PRD.

El ejército tiene las armas y una larga tradición de lealtad al Comandante Supremo como la mantuvieron los generales Marcelino García Barragán, Enrique Cervantes Aguirre y Antonio Riviello Bazán.

Pero son otros tiempos. En IMPACTO tuvimos un problema con la SEDENA porque Juan Ramón Bustillos publicó que el general secretario Clemente Vega se atrevió a pedir al presidente Vicente Fox le ordenase por escrito desalojar el centro de la ciudad de Oaxaca.



Alejandro Murat, un faro en el futuro del PRI **(Juan Ramón Bustillos, pág. 8-9)**

En el clima de confrontación política que vive el país, cuando abiertamente se habla de presiones del Ejército sobre su comandante supremo, diversos grupos sociales se plantean la posibilidad de cercar y hasta tomar el Palacio Nacional y, entre muchos otros síntomas de descomposición, una tercera parte de gobernadores amenazó con romper el Pacto Federal para después recular y exigir solamente cambio de Pacto Fiscal, destaca la calma que guarda el gobernador oaxaqueño Alejandro Murat que recién cumplió su cuarto año de mandato.

Si el PRI no permaneciera aún en la sala de terapia intensiva a donde lo envió Andrés Manuel López Obrador en julio de 2018, ya sería señalado como prospecto obligado para repetir en 2024 el milagro que Enrique Peña Nieto consiguió en 2012 cuando rompió la racha de dos triunfos al hilo del PAN y asestó su segunda derrota a Andrés Manuel López Obrador.

Méritos le sobran; de hecho, con excepción de Alfredo del Mazo del Estado de México, no hay por el momento quien pueda competirle y nada presagia que en los próximos tres años surja una figura emergente que pudiese aglutinar al priismo disperso en el país que no se recupera del shock y está a la espera de un líder a la altura de las circunstancias.

No se trata de hacer futurismo insulso cuando todo está desquiciado a grado que el partido en el gobierno -o el partido del gobierno- no consigue convertirse en eso, partido, y en su interior se libra una lucha sangrienta precisamente porque en torno al presidente López Obrador ya se perfilan los dispuestos a sucederlo, en especial Claudia Sheinbaum, Marcelo Ebrard y Ricardo Monreal ... por ahora.

Imposible saber si el gobernador Murat piensa en el futuro, pero seguramente lo hace porque lo trae en la sangre. Su padre, José Murat acarició la idea, pero cuando se reformó la Constitución para que pudiera competir ya era tarde, el PRI se disponía a entregar el poder.

Una ventaja es que no hay muchos más que también lo piensen porque se saben sin futuro, algunos por su pasado, otros por su novatez y escasa estatura política, y los más porque conocen las circunstancias lamentables en que quedó su partido después de la aplanadora que le pasó encima.



MIENTRAS OTROS SE ARRINCONAN

Entre muchas de las ventajas de Alejandro, además de su forma personal de entender la tarea de gobernar, es contar con el mejor mentor disponible, su padre y antecesor en la gubernatura, uno de los pocos militantes priistas de alto rango para quien la política no tiene secreto alguno y posee un innato sentido de sobrevivencia. Recordemos que venció a Beatriz Paredes cuando la tlaxcalteca intentó expulsarlo del partido y que consiguió, a base de enfrentar incluso a los presidentes en turno, ser diputado en cuatro ocasiones, senador y gobernador.

Con origen en la izquierda universitaria, el actual presidente de la Fundación Colosio del PRI fue artífice para Luis M. Farías de las grandes negociaciones entre el PRI, el PAN y la izquierda que emergió de la clandestinidad para arribar al Congreso gracias a la Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procedimientos Electorales.

IMPACTO fue beneficiario de la habilidad de Murat para conciliar izquierda con derecha y centro. Trajo a nuestras páginas a Carlos Castillo Peraza y a Jesús Ortega.

El Pacto por México de Enrique Peña Nieto fue negociado por el PRI con el PAN y el PRD en casa de su esposa, Aurora Alcántara.

Pero Alejandro no es beneficiario político de la trayectoria de su padre, en mucho, envuelta en la polémica porque disfruta ser así.

Alejandro conoció a Enrique Peña Nieto y a Luis Videgaray cuando el entonces gobernador del Estado de México y su secretario de Finanzas viajaron a Nueva York a encontrarse con el premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz; quien los atendió de entrada fue su discípulo y colaborador mexicano, el hijo de José Murat. Con el tiempo regresó a México y se integró al equipo del mexiquense. En nada participó su padre.

Murat sabe que no son los mejores tiempos del priismo; de hecho, en torno a su cuarto informe se especuló con que podría incorporarse al gabinete de López Obrador por su formación profesional, economista y abogado, pero sobre todo por su trayectoria política que en la cumbre incluye la dirección del Infonavit y la gubernatura de Oaxaca, sin embargo, no pasó de ser mero rumor porque resulta impensable que alguien de su estirpe abandone el barco en naufragio que es el PRI.



Nadie sabe a ciencia cierta que buscará en el futuro porque nada indica que su partido llegue a tener una oportunidad mínima en 2024, pero Alejandro alcanzó la gubernatura a la cabeza de su partido amarrado con el Verde Ecologista y Nueva Alianza. Quizás la única manera de competir con cierto porcentaje de posibilidades contra Morena sea con una coalición mayor que la que pudieran armar los antiguos partidos políticos que López Obrador dejó en estado de coma.

Son meras especulaciones prematuras con base en realidades, pero Alejandro Murat es en el escenario priista el único que destaca por sí solo y no por su pasado, como los antiguos jefazos del partido que se arrinconaron en el Congreso para sobrevivir al tsunami de 2018

El poder de las secretas hermandades

(Mauricio Saldaña, pág. 10-11)

Perdí la cuenta del número de ocasiones que ayer jueves recibí el mismo texto en el que se habla de la verdadera razón por la que los estadounidenses soltaron al general Cienfuegos. El verdadero motivo, no una especulación pedestre, ni los absurdos análisis que se atienden en el doctorado en Criminalística y Ciencias Penales.

Olvídense de que Cienfuegos fue soltado por que perdió Trump las elecciones y ya no tenía caso seguir el circo; no lo liberaron porque hubo cantos que narraban nexos inconfesables que se escucharon en Palacio Nacional y en Lomas de Sotelo; no fue dejado en libertad porque Andrés Manuel López Obrador escuchó botas metálicas caminando sobre su tapanco.

Tampoco el divisionario fue despachado a la Ciudad de México a la velocidad de una empresa de mensajería y custodiado por Marshals, porque el inédito viajero conoce a profundidad temas que le dieron escalofrío a aquellos que trabajaron con el ingeniero García Luna y que ahora son fervorosos adictos al desayuno choco.

Ahí va la razón de las razones, la madre de todos los motivos, el arquetipo jungiano que movió a dos países: "El sindicato" dio la orden de que se le liberara. Así como lo lee. Explico cómo se dieron las cosas, siguiendo el billón de mensajes que me enviaron, todos iguales.

LA LLAMADA A TLATELOLCO

Marcelo Ebrard estaba en su oficina con invitados y uno de sus celulares comenzó a timbrar. Vio el número y se excusó en un instante; se encerró en el baño de su despacho. Una voz lóbrega le dio una indicación. El nerviosismo hizo que el hombre fuerte del régimen solo moviera la cabeza.



Apenas salió del sanitario y despidió a sus invitados. Tiró por la borda sus mil chambas que no le corresponden, pero que atiende y se comunicó ipso facto con el fiscal William Barr. El canciller no lograba controlar el temblor de su mano, al marcar el número telefónico.

Apenas escuchó un “Hello”, del otro lado, el internacionalista Ebrard soltó lacónico y tronante: “Will, tenemos un problema. Me hablaron del sindicato. Tienes que soltar a Cienfuegos”. El canciller terminó la llamada, sin esperar respuesta.

Barr maldijo y colgó. No podía creerlo. Caminó por su espaciosa oficina y decidió marcar directamente al celular del fiscal Seth DuCharme: “Ya sabes quien habla. Suelta al Padrino. Lo defendió el sindicato”. Una sombra ominosa envolvió al fiscal: la derrota.

“Malditos poderes fácticos. Ni los del Nuevo Orden Mundial nos tratan así”, pensó el fiscal y se dirigió a la oficina de Trump a dar la mala noticia, irremediable.

Mientras Barr lanzaba llamaradas a Trump, Ebrard abordó una Suburban blindada. Llegó al Estadio Azteca, vacío. A mitad de la cancha, un par de militares lo esperaban: “cumplí”, dijo mansamente el canciller y se retiró. Aquellos hombres verde olivo lo miraron alejarse, sonrieron y se encaminaron hacia otra salida. Un dron grababa la escena desde lo alto.

Sin duda, el mensaje que recibí por toneladas no está dramatizado como lo que redacté, pero según sus autores (sin pruebas), de que “El sindicato” dio la orden, la dio. Eso que ni qué.

LOS GENERALES SINDICALIZADOS

Más allá de la historia que da para un buen cortometraje, la especie que ha permeado como la humedad señala tres componentes:

- 1.-Que el grupo de poder más influyente de la SEDENA amenazó con desconocer a Andrés Manuel López Obrador si no soltaban a Cienfuegos.
- 2.-Que este grupo “tiene la capacidad para producir rebelión en la tropa (sic)” y podría generar problemas al régimen.
- 3.-Que un mando experto en combate a delincuencia organizada fue el mensajero del grupo y se encargó de soltarle la amenaza a Luis Crescencio Sandoval, en persona.



Sobre el particular, dos nombres de militares en retiro son los que se han mencionado largamente como los leales a López Obrador que desenmascararon esta rebelión a medios afines, que han defendido el secretismo de sus fuentes, pero que todo mundo conoce.

Para orientar un poco la reflexión, ya sin novelas incluidas, será menester considerar tres elementos respecto al tema.

1.-Es mentira que el Instituto Armado nunca había vivido una fragmentación entre liberales y conservadores: cuando Vicente Fox fue presidente, tuvo la genial idea de que los secretarios de Marina y Defensa dependieran de un civil. Y comenzó a operar en consecuencia.

Al final de la historia, el civil candidateado no fue capaz de dirigir ni a su oficina; las Fuerzas Armadas siguieron dependiendo de su máximo comandante y las ocurrencias del guanajuatense provocaron un tremendo descontento entre militares de alto rango.

En ese tiempo, muchos pensamos que si una barbaridad como esa no había producido un cuartelazo, se debió a la profunda lealtad que los militares guardan al Ejecutivo federal.

2.-Recordando a Max Weber, el Ejército es una institución burocrática; es decir, que se mueve por cadenas de mando y así se dan las órdenes y contraórdenes. Pero, si las reglas no se cumplen, las cadenas lo resienten.

La Marina Armada, el Ejército y CNI resuelven sus problemas en casa: son por naturaleza instituciones herméticas y no discuten sus conflictos con extraños. El terrible error de López Obrador fue dejar que un extraño (Estados Unidos) tocara a un cuadro relevante y encima, dijera que investigaría a otros.

Los altos mandos puestos por López Obrador dejaron pasar la aplastante ofensa de dejar a Cienfuegos a merced de los estadounidenses. Y ese fue el peor error que cometieron estos individuos que mostraron de qué estaban hechos, con “El culiacanazo”.

Cuando militares de alto rango visitaron a Crescencio Sandoval, no solo le enviaron el mensaje de que había un profundo descontento: le dijeron que él no era el Instituto Armado, sino parte de él.

La puntilla fue la cartita censora para ordenar que los militares no podían hablar del caso Cienfuegos. Éste fue el punto de quiebre entre las cadenas de mando y envió el mensaje que disentir era ruptura: no cuajó la 4T en una institución a la que le han pedido hasta pegar ladrillos en aeropuertos.



3.-Si Crescencio Sandoval le seguía jugando pulsos a los grupos de alto perfil en la SEDENA, la DEA quedaría en plan de tiro al blanco en todo el país. Ya no se diga cumplir las misiones conjuntas en el interior de la República.

Un muertito de la DEA en México y más de un mando en Lomas de Sotelo viviría la furia tipo Enrique Camarena en versión 2020. Le quedaría chica la vía láctea para buscar un refugio en donde ocultarse de una Operación Leyenda.

A la mala, algunos han tenido que aprender que no todo es besuquearse apasionadamente con Donald Trump: ya llegó Joseph Biden para recordárselo al inquilino de Palacio Nacional.

En otras palabras, el caos del asunto Cienfuegos llegó a su clímax por un manejo incompetente de la política interior, pero no desde el lado de Bucareli sino desde la oficina principal de Palacio Nacional.

EL DIAGNÓSTICO

Les pusieron un alto a quienes no entendieron que en el Instituto Armado hay límites para la humillación. Insisto: también hay que dejar de maltratar a la Marina Armada, porque tampoco los han tratado bien.

Es el costo de la incompetencia como motor de las decisiones públicas.